

Prefacio

Hace aproximadamente cinco años, por gentil y decidida invitación del profesor Lucas Lavado, me comprometí a reeditar mi pequeño libro *Para qué aprender historia en el Perú* que había sido originalmente publicado por la Derrama Magisterial en 1993. Debo confesar que tengo un especial aprecio por este ensayo, quizá por las circunstancias en que lo escribí, su espontaneidad y su significado en mi derrotero personal. Nunca conocí el tiraje de esta edición de 1993, nada acerca de su distribución, pero tengo la certeza de que tuvo una buena acogida entre los profesores de secundaria, algunos amigos historiadores y numerosos lectores que probablemente esperaron la ampliación de este libro. No lo he podido hacer, además siempre me pareció más interesante situarlo junto a otros ensayos que publiqué antes y mucho después de 1993 y por eso es que tercamente, a veces de manera poco explicable, retrasé el trabajo de selección de mis ensayos y artículos que recién ahora doy por concluido.

Quizá además puedan existir dos grandes explicaciones de este retraso. La primera de carácter trascendente a mi persona: luego de la muerte de Alberto Flores-Galindo en 1990, de los enormes cambios políticos que se produjeron en el mundo en los años 90, del gran cambio de actitudes y sensibilidades en el Perú y del sorprendente entusiasmo popular por el fujimorismo, muchos nos quedamos casi sin programa de acción y de investigación y hasta mi convicción en la importancia de escribir se eclipsó. La segunda es más prosaica, inmanente a mi persona, tiene que ver con la fuer-

za de los acontecimientos, con la vida cotidiana, que a veces — por los niveles de intensidad, compromiso y entrega a una nueva actividad — devuelven la vida, la ilusión y nos llevan a situaciones no previstas: entre 1998 y el 2001 dediqué mis mejores esfuerzos a dirigir los estudios de posgrado en Ciencias Sociales en San Marcos y desde mayo de 2001, ya como rector, casi todo mi tiempo y dedicación están al servicio de lograr un cambio profundo en esta prestigiosa y compleja universidad pública peruana.

Pero felizmente nunca he dejado de leer y siempre ocurren cosas nuevas, positivas. Por eso debo recordar que en 1999 conocí a Benedict Anderson, el autor de *Comunidades imaginadas*, e iniciamos una amistad que me llevó a leer cuidadosamente su obra, a discutirla con mis alumnos. Sus novedosas propuestas y la manera original y creativa de estudiar los tan discutidos temas de *nación* y *nacionalismo* me han ayudado muchísimo y los lectores de este libro seguramente podrán comprobar que la gran diferencia entre mi ensayo *Para qué aprender historia en el Perú* y los más recientes es la presencia o ausencia de su teoría y sus propuestas. También quisiera rendir homenaje a Ruggiero Romano, maestro y amigo entrañable, fallecido en enero de 2002 en París, con quien siempre estaré en deuda por sus enseñanzas, apoyo, amistad y advertencias sobre el uso y abuso de los conceptos en la historia, como en este caso *nación* y *nacionalismo*. A este último sobre todo, luego de su juvenil experiencia como *partisano* en la resistencia italiana contra la invasión nazi, consideraba como una demagógica herramienta utilizada por los fascismos de España, Italia y Alemania en su devastador ascenso en la Europa de los años 20, 30 y 40 del siglo pasado.

No deja de sorprenderme, como una reacción a la historiografía de mi generación, la existencia actual de una joven y ligeramente agresiva historiografía peruana que no sólo explora nuevas dimensiones de nuestro pasado sino que sutilmente busca reivindicar el papel del criollo y lo criollo en la lenta construcción histórica del Perú moderno. Es como si se quisiera hacer, reinterpretando un discurso conocido, el revés de una misma historia y nos olvidamos de lo que podría ser muy importante para la actualidad: las explicaciones — por más subjetivas o dramáticas que puedan ser — sobre las causas de nuestro cada vez mayor atraso relativo en América Latina.

La historia del Perú es, parafraseando a Vilfredo Pareto, un cementerio de oligarquías, de sus mayordomos y de sus mayorías explotadas y nosotros, con mucha razón, nos empeñamos en denunciar esa historia, pero ya es hora también de pensarla desde sus resultados. Es decir, tratar de explicar y entender ese misterioso recorrido que nos ha llevado a un presente de enormes dificultades; tratar de hacer una historia utilitaria. Quizá este ejercicio intelectual de emergencia nos permita pensar la historia política, económica y social del siglo xx de una manera diferente, también revisarla profundamente, sin los compromisos políticos del pasado, en un escenario histórico de resultados inesperados, y proponer una nueva interpretación del siglo xx que nos ayude a descifrar la lógica y el sentido del derrotero del Perú moderno.

Finalmente quisiera agradecer a Gustavo Montoya, uno de mis mejores alumnos, por su estima permanente a mi obra y su insistencia a reeditarla en un orden diferente: por lo que podría decir, parafraseando también al gran filósofo francés Blaise Pascal, que el orden en que son presentados los artículos y ensayos es lo que hace particularmente nuevo al presente libro. Debo indicar que Gustavo ha cuidado todos los aspectos técnicos de esta edición, junto a cuatro jóvenes alumnos de historia, Jannyna Cotrina, Daniel Franco, Fidel Hidalgo y Gladys Vásquez, quienes han dedicado mucho tiempo en corregir algunos viejos errores de imprenta y a cuidar diligentemente la presente publicación. Mi reiterado reconocimiento al profesor Lucas Lavado por la preparación final de este libro, su trabajo de corrector de los detalles y su permanente convencimiento en la importancia de este libro e igualmente mi agradecimiento al Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Dejo para el final mi agradecimiento a José Carlos Ballón, jefe del Fondo Editorial de nuestra universidad, y a su excelente equipo de colaboradores, por contribuir al desarrollo y transformación de nuestra política editorial.

Manuel Burga